tranjero. Solamente hemos de lamentar, como dijimos antes, que por unos pocos poemas (entre ellos el bloque del *Cancionero Apócrifo*) no pueda decirse todavía que la totalidad de la obra poética de Antonio Machado haya sido traducida al idioma de la tierra bajo la que yacen sus restos.—*ALBERTO PORLAN.* (*Nieremberg, 21. Madrid-2.*)

ANTONIO MACHADO EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

El gran poeta español Antonio Machado recibió un emotivo homenaje el pasado 12 de junio en la Casa de la Unesco en París. Con motivo del centenario de su nacimiento, la Comisión de Actividades Culturales de la Asociación del Personal de la Unesco organizó ese día una velada en su homenaje, con la participación de Rafael Alberti, Pedro Laín Entralgo, Jean Cassou, José María Castellet, el dibujante español Vázquez de Sola y los textos recogidos especialmente para este homenaje de varios escritores españoles y latino-americanos como José Agustín Goytisolo, Bias de Otero, José Manuel Caballero Bonald, Félix Grande, Juan Marinello y Jorge Enrique Adoum. El acto —donde primó el público joven y entusiasta— puso de relieve la vigencia de la poesía de Antonio Machado y la profundidad de su mensaje comunitario y popular.

Fue justamente Pedro Laín Entralgo quien analizó, en primer lugar, la dualidad dialéctica entre intimidad y pueblo en la obra de Machado. El cantor de la intimidad personal fue también un hombre preccupado por «los otros», ese pueblo que le permitió exclamar «¡Ohi santidad del pueblo, joh, pueblo santo!» —recordó Laín, para preguntarse a continuación— «Intimidad y pueblo, ¿son acaso realidades inconciliables en la obra de nuestro enorme poeta?»

La respuesta a esta ardua interrogante la había dado directamente el propio poeta a través de su «alter ego» Juan de Mairena. El concepto de «otredad», un prójimo amado como a sí mismo «sin nunca olvidar que es otro», es el que permite la unión poética entre el «yo» y el «tú». La visión machadiana del amor —explicó Laín Entralgo—tiende puentes entre la intimidad y el pueblo, entre lo individual y lo colectivo, haciendo posible la lírica comunitaria. Justamente a través de esa «comunión» se da una poesía auténtica porque es «comunicante», además de ser íntima y sincera.

Sin querer caer en una visión excesivamente filosófica de la obra de Antonio Machado, Laín Entralgo recordó al final de su intervención cuál era el sentido de la hoja de papel con tres breves anotaciones poéticas, encontradas en un bolsillo del raído gabán del poeta el día de su muerte. «Y te daré mi canción: se canta lo que se pierde», decía la tercera de esas notas.

«Se canta lo que se pierde: gran verdad poética» —añadió Laín—. «Pero, ¿no es también cierto, complementariamente, que 'se canta lo que se quiere', lo que antes de cantar uno amaba y deseaba? Cantando lo que él quería e lba perdiendo vivió y escribió nuestro Antonio Machado. Ojalá un día llegue a ser realidad lo mucho que él quiso».

UN PUENTE ENTRE LA INTIMIDAD Y LA COMUNICACION

Tomando la palabra a continuación, el poeta y escritor francés Jean Cassou recordó su primer encuentro con Antonio Machado, una noche de apagón en Segovia.

«Vi a Machado como un ser nocturno —dijo Cassou— y luego descubrí la función que cumplía la noche en su poesía: 'una intimidad que procura la comunicación'. Pero si hay comunicación significa que existe un interlocutor. ¿Cuál es el interlocutor de la obra de Machado?; el pueblo, respondió Cassou, señalando cómo Machado había utilizado el lenguaje de las coplas, los proverbios, los romances, para vivir el pueblo, seguirlo y acompañarlo.»

«Machado acompañó al pueblo hasta el fin —dijo finalmente Cassou— y lo hizo no sólo en su poesía, sino con su vida.» En este viaje el poeta pasó del hombre individual al hombre universal, dende todos los hombres están juntos en ese lugar común que da el tiempo y crea los ciudadanos del mundo.

MACHADO EN TIERRAS CATALANAS

Por su parte, el crítico y poeta catalán José María Castellet destacó en su intervención en el homenaje a Machado que: «mi presencia entre vosotros quiere ser el homenaje de los escritores catalanes al poeta y al hombre ejemplar que vivió sus últimos años y murió, también —lejos de su Andalucía natal y de su Castilla de adopción—entre las gentes de los Países Catalanes».

Así, Castellet recorrió con emocionantes detalles los años en que Machado vivió en Rocafort (1936-38), cerca de Valencia, y luego en Barcelona (1938), unidos a su progresivo desmoronamiento físico. Es en Barcelona donde iviachado se lamenta: «¡Si la guerra nos dejara pensar! ¡Si la guerra nos dejara sentir!»

Pero Barcelona no es tampoco un lugar seguro para el poeta. Alrededor del 20 de enero de 1939 es evacuado junto con su familia y —según los testimonios de otros poetas catalanes, recogidos por Castellet— el paso de los Pirineos lo hizo a pie. «¡Hallarme en Francia y como un mendigo!», fueron sus primeras palabras al cruzar la frontera.

Las últimas semanas de su vida las pasaría en Colliure, pequeño pueblo pescador de la Cataluña francesa, en la fonda de Madame Quintana, donde Machado reencontró la fuerza del mar Mediterráneo y donde murió el 22 de febrero. «Terminaba así su periplo de guerra y exilio por los países catalanes», resumió Castellet, para morir «ligero de equipaje» y «casi desnudo como los hijos de la mar».

UNA ELEGIA DE SÌ MISMO

«Cien años, ahora, del nacimiento de Antonio Machado, una noche de julio, de 1975, en el palacio de las Dueñas, de Sevilla» —empezó diciendo Rafael Alberti en la última parte del homenaje. Cien años, que celebramos aquí reunidos, españoles de dentro y de fuera, en la tierra de Francia.»

Como poeta, Alberti se remontó al momento en que conoció a Machado, 1924, «año en que me sentí impulsado a conocerlo para expresarle mi gratitud por su voto a favor del Premio Nacional de Poesía por mi primer libro *Marinero en tierra*. Un día Alberti se cruzó por la calle con Machado: «Bajaba, lenta, una sombra de hombre, con pasos de sonámbulo por la calle del Cisne, con pasos de alma enfundada en sí, ausente, fuera del mundo de la calle, en la mañana primaveral sonante a árboles con pájaros».

Lo abordó para agradecerle el premio y sólo obtuvo unos monosílabos por respuesta, ausente su espíritu de toda conversación. Esa imagen fue durante varios años para Alberti su único recuerdo de Machado. Sin embargo, un día obtuvo una cordial colaboración para la revista *Octubre*, que dirigía con María Teresa León, su esposa. Luego los contactos se harían más frecuentes, hasta ser parte del drama de la Guerra Civil española: las rogativas de Alberti y León Felipe para que Machado saliera de Madrid en noviembre de 1936, la despedida emocionada que se le tributó antes de partir rumbo a Valencia, finalmente el encuentro en Rocafort en un jardín lleno de limoneros y jazmines, con la presencia invisible, pero cercana, del mar Mediterráneo.

Rafael Alberti recordó finalmente cómo Machado ya se moría en esos momentos, aunque escribiera «¡Cómo parece dormida / la guerra, de mar a mar, / mientras Valencia florida / se bebe el Guada-laviar!» Machado no pudo mirar mucho más ese mar, «pues era ya una elegía, casi un recuerdo de sí mismo, cuando allá, solo, en Colliure, vino la muerte a tocarle».

Sin embargo, el pasado 12 de junio, esta muerte física de Machado, recordada con similar tono emocionado por Laín Entralgo, Cassou y Castellet en el transcurso del homenaje, pareció no tener importancia en ese momento: Machado hombre y Machado poeta estaban más vivos que nunca. Más de quinientos jóvenes presentes en la Unesco lo afirmaron con su recogimiento y con sus aplausos.— FERNANDO AINSA (UNESCO. Place de Fontenoy, 75 700. PARIS).